

CAPÍTULO I

LA HISTORIA COMO DISCIPLINA

Comencemos por el principio: ¿qué es la historia? La palabra, por cierto, tiene hoy varios significados que se entrelazan entre sí y era ya utilizada por los romanos en sentidos muy similares a los que hoy le damos. El término proviene en realidad del griego clásico y quería decir algo semejante a conocimiento o saber adquirido mediante la investigación y el estudio. En ese sentido lo usó el famoso Heródoto cuando escribió sus *Nueve libros sobre la Historia*, en que relata sus viajes y nos informa sobre los hechos, las costumbres y los mitos de varios pueblos de la antigüedad.

Hoy hablamos de historia para referirnos a la narración de acontecimientos pasados, a la memoria que tenemos de ellos aunque, claro está, eso incluye la investigación que debemos hacer para conocer esos hechos. También usamos dicho vocablo para referirnos a los hechos en sí, siempre que se desarrollen en el pasado, a la obra de quien los relata —como cuando decimos la historia de Tucídides o de Braudel— o para referirnos a la trayectoria que han seguido en el tiempo personas, grupos o instituciones. El tiempo y lo que en su transcurso acontece, la idea de hechos que se enlazan y suceden entre sí, es esencial entonces para delinear nuestro concepto de historia.

I. LA MEMORIA Y EL PASADO

Hablar del pasado, de lo que ha ocurrido ya y es para nosotros inmodificable, es hablar de la memoria, de lo que se recuerda: y la historia es eso, el relato de lo que se recuerda.¹ Porque hay infinidad de hechos que se han perdido para siempre, se han olvidado o no han dejado ningún rastro que pueda servir para reconstruirlos o evocarlos. Pero además no todo lo que puede ser recordado parece tener importancia para quien escribe historia, pues quien se dedica a la narración del pasado no tiene más opción que seleccionar lo que en definitiva incorporará a su relato: ¿vamos a relatar cada una de las carreras de cuadrigas que se corrieron en el Coliseo romano?, ¿cada una de las órdenes que dio Napoleón en el campo de batalla?, ¿cada uno de los viajes que se hicieron para atravesar el desierto del Sahara? No, estamos obligados a seleccionar, a elegir —entre la infinidad de sucesos que podemos llegar a conocer— aquellos que se integrarán en la narración que hacemos.

¿Por qué es importante la historia, la memoria de ese pasado que está muerto para siempre pero que puede llegar a interesarnos tanto como para dedicarle nuestros esfuerzos a su investigación? En primer lugar porque todo relato histórico —al igual que los mitos que tan extendidos están en todas las culturas de la humanidad— resulta en verdad esencial para situarnos en el presente: sin el referente del pasado, en verdad, sería imposible entender o hacer inteligible lo que vivimos. El presente, ese

¹ V. John Lucaks, *A Student's Guide to the Study of History*, Wilmington, Delaware, Intercollegiate Studies Institute, 2000.

momento que se desvanece de continuo entre el futuro incierto y el pasado incommovible, solo cobra sentido en relación a ese mismo pasado, como continuación de algo, como culminación de todo lo anterior y punto de partida de lo que pueda suceder de allí en adelante. Si nuestra memoria cesara o fuera profundamente perturbada no podríamos siquiera continuar normalmente nuestra vida cotidiana y perderíamos todo contacto con la realidad. «El pasado es lo único que conocemos» dice Borges, y añade: «del futuro solo sabemos que será diferente». Sobre su fundamento edificamos el sentido de nuestra vida, le damos una lógica a lo que hacemos y proyectamos nuestras acciones triviales o nuestros desmesurados sueños.

A partir de ese conocimiento es que podemos comprender, de algún modo, lo que le ha sucedido a los otros, a las personas que nos han precedido o que nos rodean. «Ahí está, esperando nuestro estudio, el auténtico “ser” del hombre —tendido a lo largo de su pasado. El hombre, es lo que le ha pasado, lo que ha hecho. Pudieron pasarle, pudo hacer otras cosas, pero he aquí que lo que efectivamente le ha pasado y ha hecho constituye una inexorable trayectoria de experiencias que lleva a su espalda, como el vagabundo el hatillo de su haber. Ese peregrino del ser, ese sustancial emigrante, es el hombre. Por eso carece de sentido poner límites a lo que el hombre es capaz de ser. En esa ilimitación principal de sus posibilidades, propia de quien no tiene una naturaleza, solo hay una línea fija, preestablecida y dada, que puede orientarnos, solo hay un límite: el pasado. Las experiencias de vida hechas, estrechan el futuro del hombre. Si no sabemos lo que va a ser, sabemos lo que no va a ser.

Se vive en vista del pasado. En suma, que *el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia*».²

Lo mismo que sucede en lo personal ocurre con la historia de los pueblos: una revolución o un cambio de gobierno, una crisis económica o una modificación territorial solo tiene sentido sobre el fondo que proporciona el conocimiento del pasado. Por eso es tan importante conocer la historia, el encadenamiento de los sucesos que nos remiten al día de hoy, y por eso muchos se empeñan en «modificarla» —como veremos— para adaptarla a los fines que tienen en el presente. Porque la historia, aunque no lo parezca, es una poderosa arma política, es el relato que —cuando lo asumimos— permite construir una visión del mundo en que vivimos y, por lo tanto, condiciona lo que podemos hacer en él.

II. IMPORTANCIA Y UTILIDAD DE LA HISTORIA

David McCulloch, un gran historiador, ha señalado que es preciso enseñar la historia, fomentarla e impulsar su conocimiento entre los estudiantes, porque es un antídoto contra la arrogancia a la que nos puede llevar el bienestar del presente, a la equivocada idea de que todo lo que tenemos nos ha llegado como algo natural a lo que tenemos derecho, olvidando los esfuerzos y los problemas del pasado, la cadena de acontecimientos que nos permite vivir hoy como vivimos. «En primer lugar hay que comunicar la idea de que tenemos que saber quiénes éramos, si

² José Ortega y Gasset, «Historia como sistema», pág. 2, en: http://biblio3.url.edu.gt/Libros/his_com.pdf. Consultada el 6/3/2015.

queremos saber quiénes somos y hacia dónde vamos. Esto es esencial. Tenemos que valorar lo que nuestros antepasados —y no solo los del siglo XVIII, sino lo que nuestros propios padres y abuelos— han hecho por nosotros. Si no se lo valora, no se lo tomará en serio y se nos puede escapar. Si algo no le importa a uno -si hereda una gran obra de arte y no sabe que vale una fortuna, tampoco sabe que es una gran obra de arte y no le interesa— la va a perder.»³

El filósofo George Santayana acuñó alguna vez una frase que se ha hecho inmensamente popular: «*aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo*», dijo. La idea tiene más sentido cuando la aplicamos a nuestra vida personal que cuando nos referimos a la historia de pueblos o naciones: quien no conoce su propia historia, o la del medio en que vive, puede cometer, sin saberlo, errores que ya se cometieron o que él mismo cometió en el pasado.

Si nos situamos en un plano más general debemos admitir que la historia, en propiedad, nunca se repite, tan compleja y cambiante es la trama de los acontecimientos humanos, pero que es también posible encontrar en ella impresionantes semejanzas, situaciones que —haciendo abstracción de muchos detalles— pueden considerarse en líneas generales como similares. Aplicar al presente los conocimientos del pasado es, sin duda, una guía importante para la acción, aunque es bien conocida también la tendencia que tenemos a reincidir en las mismas equivocaciones, a persistir en el error a pesar de conocer lo que

³ David McCullough, «Knowing History and Knowing Who We Are», en *Imprimis*, Hillsdale College, Michigan, transcript of remarks delivered on February 15, 2005, in Phoenix, Arizona.

ya ocurrió. La idea de que «esta vez será diferente», de que a pesar de todas las semejanzas ahora podremos obtener resultados distintos de las mismas acciones, está también muy arraigada en los seres humanos. Pero la historia, al menos, nos abre puertas para comprender mejor la naturaleza humana y lo hace no por vía de la abstracción sino por medio del ejemplo, de lo que podemos llegar a entender cuando estudiamos la vida y las obras de los demás, los éxitos y los fracasos de las personas, grupos y naciones enteras que nos precedieron.

Un último comentario agregaremos a la frase de Santayana: nadie, ni las personas ni los pueblos, estamos condenados a actuar o no actuar de cierta manera, pues el ámbito de la elección humana es siempre más extendido de lo que parece y más pródigo en matices de lo que se aprecia a primera vista. Como dice Ortega y Gasset, a quien citamos nuevamente: «... nos encontramos siempre forzados a hacer algo, pero no nos encontramos nunca estrictamente forzados a hacer algo determinado, [...] no nos es impuesto este o el otro quehacer, como le es impuesta al astro su trayectoria o a la piedra su gravitación. Antes que hacer algo, tiene cada hombre que decidir, por su cuenta y riesgo, lo que va a hacer.»⁴

Podemos decir, en síntesis, que el pasado es lo único que puede dar sentido al presente: no solo el relato de lo acontecido sino también el saber adquirido, que forma parte de ese pasado y nos sirve como base que para conocerlo e interpretarlo. Por eso el hacer historia ha sido siempre, aunque de diferentes maneras, una parte ineludible del quehacer intelectual del hombre. La his-

⁴ José Ortega y Gasset, ídem, pág. 17.

toria es el intento por ordenar y entender ese pasado, por darle alguna forma inteligible, más allá de la casi infinita multiplicidad de sucesos y de personajes que lo habitan. Y ese intento surge, aunque parezca paradójico, de una real preocupación por el futuro. Porque en todas las épocas el ser humano se ha preguntado: lo que hoy es, como realidad perceptible, ¿cómo llegó a ser? ¿Qué podrá pasar ahora, a continuación? Y, atisbando posibilidades, riesgos y peligros, ¿qué podemos o qué debemos hacer?

Pero, como veremos de un modo sucinto en el siguiente capítulo, no se ha tratado de comprender el pasado de la misma manera en todas las épocas: se han construido narraciones míticas o poéticas, se han registrado crónicas, memorias y testimonios, se ha intentado construir formas más racionales y hasta científicas para interpretar lo ya ocurrido. En los tiempos modernos la historia, como casi todas las ciencias y las artes, ha pasado a contarse entre las múltiples disciplinas académicas, entrelazada con las demás de un modo muy estrecho y especial: porque para entender los acontecimientos del pasado es preciso saber de geografía, economía, demografía y —en general— de todas las ciencias sociales y hasta de las disciplinas que estudian el mundo físico y natural. Pero, también en el otro sentido, no hay lingüista o sociólogo —para dar solo dos ejemplos— que pueda entender a fondo su materia si no comprende la forma en que el mundo actual ha llegado a tomar la fisonomía que tiene en el momento en que realiza sus investigaciones y formula sus propuestas teóricas.

III. LA HISTORIA ACADÉMICA

Desde hace unos dos siglos, decíamos, la historia alcanzó un lugar entre las disciplinas que se enseñan en colegios y universidades, entró a formar parte de las investigaciones que se realizan en institutos, centros y academias y adquirió una forma particular, unos límites y un estilo que hoy, aunque ya superados en algunos sentidos, todavía resultan un marco de referencia útil para quien quiera dedicarse a la disciplina. Veamos, de un modo sucinto, a qué nos referimos, para dar al lector una idea de lo que aún se mantiene —en parte— como la historia académica «normal».

En primer lugar se establecieron límites temporales para definir lo que es y lo que no es historia, aunque hoy, por cierto, estos límites ya no tienen la rigidez que asumieron en otros tiempos. Se hizo una separación clara entre la *prehistoria*, que incluye todo el inmenso pasado de la humanidad antes de la invención de la escritura, y la *historia*, basada casi exclusivamente en fuentes escritas. La prehistoria quedó como el campo de otra ciencia, la arqueología, mientras que el estudio de las sociedades ágrafas —las que aún en tiempos contemporáneos no habían desarrollado la escritura— se reservó para la antropología, con sus variantes de etnología y etnografía. Un tratamiento casi puramente descriptivo se dio a estas investigaciones no históricas, aunque muchas teorías generales se han ensayado y se discuten al respecto. Esta división ha sido ya abandonada en parte, porque se trata de hacer historia también en el caso de sociedades que solo en parte recurren a los testimonios escritos, porque no se le da a lo escrito una importancia tan decisiva y —en cambio—

se lo complementa con toda clase de datos que provienen de los residuos materiales que podemos encontrar.

En la visión clásica, para dar unidad temática a los estudios, se habló de «edades», como grandes períodos a los que se concebía como relativamente homogéneos: la edad de piedra, la de bronce y la de hierro para la prehistoria, aunque en esta última existiese ya la escritura y, más adelante en tiempos históricos, la Edad Antigua, la Media, la Moderna y la Contemporánea. Para el fin de la Edad Antigua se fijó el año 476 de nuestra era, momento en que formalmente dejó de existir el Imperio Romano de Occidente, mientras que se colocó a 1453 —el año de la caída del Imperio Romano de Oriente— como el término de la Edad Media. La Edad Moderna comenzaría en ese punto y se extendería hasta 1789, año que se tomaba como el de la Revolución Francesa y que abría la Edad Contemporánea, la que vivimos.⁵ Hoy se reconoce que los límites entre estas divisiones son, en el mejor de los casos, bastante arbitrarios, que dentro de una misma edad suceden cambios en verdad muy profundos y que tales divisiones no tienen el menor sentido para cuando se estudian las historias de China, la India, Japón o Mesoamérica, por ejemplo. Por eso tales denominaciones se utilizan hoy como simples referencias, cómodas para hablar en términos generales pero no como una periodización real sustentada en los hechos; se admite, además, que cada civilización o cada gran región geográfica posee sus propios cortes temporales que permiten organizar de mejor modo lo sucedido en el pasado.

⁵ V. al respecto Luis González, *El Oficio de Historiar*, El Colegio de Michoacán, México, 1988, pág. 30.

También se adoptó, en el otro extremo, lo que podríamos llamar un «período de exclusión» que no debía tratar el historiador. Se consideraba que 50 años, contados hacia atrás a partir del presente, era un lapso prudente que no debía ser incluido en los verdaderos estudios históricos pues se corría el riesgo de invadir el terreno de la política, de hablar sobre personajes aún vivos y de presentar afirmaciones que con mucha frecuencia quedaban muy pronto desactualizadas. La prevención, sin duda, tiene algo de sentido, pero no ha sido ni es respetada en la actualidad porque resulta demasiado rígida y porque además crea una especie de paradoja: si el historiador se detiene antes de ese medio siglo que cuenta hacia atrás desde el presente, ¿quién recoge los materiales, quién va organizando, analizando y relatando lo que ha ocurrido desde entonces? Quienes lo hacen son personas, claro está, comprometidas más intensamente con los acontecimientos cotidianos y que, por lo general, poco se preocupan por la objetividad: periodistas, políticos, analistas y comentaristas de toda clase, personas que lanzan sus opiniones a veces sin mayor cuidado, en medio del acontecer en que viven. La paradoja reside en que luego, el historiador, tomará sus documentos y sus opiniones como datos para hacer el relato más académico, objetivo y coherente que es parte de su profesión. Pero sus criterios estarán entonces influidos por esa especie de matriz de opinión que ya se ha formado: su distanciamiento de lo cotidiano solo servirá para que otros ya hayan elaborado las teorías o las conclusiones que lo condicionarán a él mismo. No hay duda, sin embargo, que la historia reciente presenta retos y dificultades muy específicos y obliga a un trabajo cuidadoso y realmente complejo. Por eso dedicaremos la próxima sección a estudiarla un poco más de cerca.

IV. EL CASO DE LA HISTORIA RECIENTE

La historia del pasado reciente —de los últimos años anteriores al «hoy» del historiador— está mucho más cargada de emociones e intereses pues, por lógica, se entremezcla con las ideas y con los sucesos del presente, con las opiniones predominantes, con situaciones políticas, económicas o militares que aún están en desarrollo. Por eso mismo es más difícil de mantener en este caso la objetividad, de superar la visión del mundo que tenemos y las emociones que nos embargan y, por tal razón, la historia de lo reciente fue rechazada en general por muchos historiadores profesionales. Hay hechos del pasado que, incluso, pueden «cambiar» —por lo menos de significación o de sentido— a medida que pasa el tiempo: lo que se ve como una derrota definitiva resulta luego ser solo parcial —como en el caso del cristianismo en la URSS, arrinconado por el comunismo oficial ateo durante siete décadas— o el personaje que parece ya abandonar el escenario político regresa luego con nuevos bríos, como lo han hecho Alan García en Perú o Juan Domingo Perón en Argentina, por ejemplo.

La historia reciente se presta, por eso, para ser deformada por los intereses que condicionan el accionar político y expresa la carga de los valores de quien la escribe y, en muchos casos, de quienes la subordinan directamente a sus proyectos políticos y su perspectiva ideológica para justificar sus acciones y propuestas. Pero no por esto debemos excluirla como un quehacer ilegítimo para el historiador serio, para quien intenta comprender el presente que vive o refutar las distorsiones y los errores que tiene ante sí: ¿no hizo acaso Tucídides este tipo de historia,

así como decenas de otros autores rigurosos, maduros y respetados por la posteridad? Porque este tipo de investigación ofrece, de seguro, algunas ventajas que pueden contrapesar con mucho a las dificultades mencionadas.

La historia reciente tiene la ventaja de que permite al investigador acercarse a fuentes inexploradas, que enriquecen la descripción y la comprensión de los sucesos: hay archivos que se abren después de un cierto tiempo o que se encuentran gracias a una labor tenaz —o a veces por pura casualidad—, personas que al fin se dedican a escribir sus memorias, entrevistas que pueden hacerse a quienes hasta entonces no habían tenido la oportunidad de relatar sus experiencias. En esto último hay un enlace con la sociología de las «historias de vida» y con sus técnicas, sobre todo con la entrevista en profundidad, que puede brindar al historiador una percepción más vivencial de lo acontecido y le permite salir de la especie de prisión en que a veces se convierten los materiales escritos.

Esta gran cantidad y variedad de fuentes a su disposición exige del historiador un intenso trabajo de selección en el que existe el riesgo de quedar atrapado en las visiones ideológicas en boga, no cabe duda, en especial porque muchos textos y opiniones que parecen ser primarios no son más que repeticiones de otros datos que no se pueden verificar. Así, por ejemplo, ocurre en un caso que hemos estudiado: son innumerables las publicaciones y las personas que afirman que, en el conflicto armado interno que vivió Guatemala en la segunda mitad del siglo xx, el número de víctimas fatales fue de 200,000. Un estudio cuidadoso, sin embargo, nos permitió determinar que nadie había verificado esta cifra, que proviene de un cálculo bastante objetable de una sola fuente, la Comisión

para el Esclarecimiento Histórico, CEH, de las Naciones Unidas⁶; el número de víctimas que calculamos resultó, en realidad, muchísimo menor.⁷

Pero, por otra parte, la enorme cantidad de fuentes disponibles otorga la ventaja de poder cotejar con más facilidad los datos disponibles, ejercer la crítica sobre las informaciones discutibles y lograr así una mayor precisión en las afirmaciones que se hacen. Si se puede distorsionar los hechos —como comúnmente se hace— es más factible en este caso recuperar la verdad de lo acontecido, pues no faltarán datos que nos permitan desmentir los discursos interesados de quienes intentan, a través de la manipulación de la historia, encontrar justificaciones para sus acciones y sus proyectos. Por eso la historia reciente resulta el punto crítico que debe mantenerse siempre bajo vigilancia intelectual y el campo fecundo para quienes nos proponemos derribar mitos y establecer, en lo posible, un relato histórico compatible con los hechos que resulte lo más objetivo posible.

⁶ CEH, Comisión para el Esclarecimiento Histórico de las Naciones Unidas, *Guatemala. Memoria del Silencio*, en 12 tomos, Oficina de Servicios para el Proyecto de las Naciones Unidas, Guatemala, 1999.

⁷ V. el detalle en nuestro libro, *Guatemala, la Historia Silenciada*, tomo II, op. cit., capítulo 25.